

Ludolfo Paramio Carlos Pereyra

En la madrugada del pasado sábado, 4 de junio, murió Carlos Pereyra, quizá el más conocido de los filósofos mexicanos de la generación del 68. Era una broma común decir que era impensable una revista mexicana de filosofía y/o política que no le contara entre los miembros de su consejo de redacción. Se había formado en la escuela althusseriana, pero su realismo político y su muy aguzado sentido común le llevaron a trascender fácilmente la ortodoxia, incluso la ortodoxia marxista, para escándalo de un medio universitario, como el mexicano, en que ésta es aún el principal punto de referencia. Quedan dos libros como testimonio de su obra, Configuraciones: teoría e historia, recopilación de sus primeros ensayos, y El sujeto de la historia (Alianza Editorial, Madrid, 1984), su tesis doctoral y brillante alegato contra las interpretaciones subjetivistas y teleológicas de la historia. Su profunda fascinación por la izquierda española le llevó a visitar muy a menudo este país, lo que, unido a un ácido sentido del humor, una gran ternura personal y una acerada inteligencia, puede hacer que quienes le conocieron acá o allá sientan su desaparición como un irreparable desastre.

[El País, Madrid, 8 de junio de 1988]

1. INSTANTÁNEAS

1978. Nos ha llegado a Jorge Reverte y a mí una invitación para participar en un coloquio en la Universidad Autónoma de Puebla sobre *El Estado de transición en América Latina y Europa*. No se concreta demasiado bien de qué transición se trata, lo que sin duda es una gran ventaja.

El origen de la invitación era la ascendencia que habían logrado en la UAP Pancho Aricó y Oscar del Barco, dos exiliados argentinos. Conocíamos ya a Aricó por su vinculación con Siglo XXI, en cuya casa española yo trabajaba entonces, y ellos, lo que fuera el grupo de *Pasado y Presente*, habían tomado cariño por una absurda revista española, *Zona Abierta*, que Reverte y yo hacíamos al alimón. Como bien cabe esperar, el coloquio de Puebla fue a la vez una locura y un gran acontecimiento. Hacia su fin Reverte decidió volver a España, con el hígado hecho un desastre. Carmen (Martínez Ten) y yo nos habíamos endeudado hasta las cejas, pues era nuestra primera posibilidad de viajar al otro lado del Atlántico, y no sólo queríamos ir juntos, sino pasar quince días más visitando México una vez que el coloquio terminara.

De vuelta en el DF, en la casa de la calle Comercio y Administración que entonces tenía Neus Espresate, ya amenazadoramente cercada por la librería Salvador Allende, hablamos un día con Carlos de nuestro sueño: llegar hasta Palenque. A él ya le conocíamos en España (creo) a través de Eugenia Huerta, de Rolando Cordera y Marjorie. Pero no teníamos tanta amistad como para esperar su loca oferta: llevarnos hasta Palenque y devolvernos al DF, en carro, en cinco días que tenía libres de docencia. Era una locura por lo pesado del viaje, porque él no tenía el más mínimo interés en las malditas ruinas y porque, además, un viaje de este tipo era lo más alejado de su temperamento urbano, ordenado y neurótico.

Hay muchas sensaciones asociadas a ese viaje: Veracruz, el presidio, el gas ardiendo en la noche en la costa petrolera del Golfo, los grandes ríos en Chiapas, una botella de ron laboriosamente lograda. La noche en un hotel al borde de las ruinas, descubriendo la marea sonora de la selva, las ruinas en medio de la bruma al amanecer. Pero queda más que nada un

recuerdo: no se pueden pasar cinco días con una persona sin llegar al borde del más total aborrecimiento o de la adoración. Uno de los días, ya al anochecer, el carro comenzó a fallar en plena carretera. "Siempre podríamos pasar la noche acá", dijo Carmen. "Amaneceríamos degollados", sentenció Tuti. No se puede dejar de quererla una persona tan decorosamente neurótica o tan malvada en su raro sentido del humor. (Llegamos a Catemaco, en cualquier caso.)

1980. Tres años después de las primeras elecciones democráticas, cinco tras la muerte del dictador, he vuelto a la Universidad. Ya no soy un físico de partículas, ni un trabajador de una editorial, sino un sociólogo político. A fin de cuentas debo endeudarme de nuevo para que Carmen venga también en este segundo viaje a México, ya que la administración española no es muy rápida en el pago de nóminas. Pero merece la pena: la invitación (que viene del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM) es al norte del DF, a Morelia, una zona que no conocemos. Salimos en un carro (el de Rolando, creo) Carlos, Carmen, Rolando y yo. Unas cervezas frente al calor del mediodía y una parada, ya en Michoacán, en una gasolinera. Yo discuto a voces, como hacemos en Madrid, mientras Carlos y Rolando me dicen algunas cosas terribles sin perder nunca la medida en el tono de la voz: estupidez muy europea, imperialismo cultural, ceguera ante la realidad latinoamericana.

La bronca sigue en Morelia, en las comidas, lejos del salón de actos en el que Julio Labastida se desespera tratando de poner orden en una reunión de académicos especialmente informales. Yo sostengo que las revoluciones son males menores frente a regímenes muy indecorosos, no vías alternativas para llegar al socialismo; no creo, particularmente, que la peculiaridad de los países latinoamericanos justifique interpretaciones tan peculiares de las instituciones democráticas como las cubanas o las nacientes en Nicaragua. Y además yo pienso que va a haber una ruptura en la historia del movimiento obrero, y que los partidos comunistas van a comenzar una imparable caída electoral por la táctica puramente defensiva (conservadora) que han tomado frente a la crisis. Rolando habla de Cuba, Tuti se encrespa contra mi obvio proceso de socialdemocratización: la clase obrera, en España, está con el PCE. ¿Cómo puedo ignorarlo? Yo hablo del crecimiento de UGT, del peso del partido socialista. La comida se enfría, Carmen se irrita de mi estúpida vehemencia.

1981. Marzo. Don Adolfo Sánchez Vázquez lee en Oaxaca, con su clara voz de maestro, las cuartillas que ya había leído días antes en Venezuela. Las sociedades de tipo soviético no pueden ser consideradas bajo ningún concepto como sociedades socialistas, pues son sociedades de propiedad estatal, y la ausencia de control social sobre el Estado (la ausencia de democracia) impide considerar la propiedad estatal como propiedad social (colectiva) de los medios de producción. Las malas caras se agudizan según avanza la lectura, luego se traducen en intervenciones de mal tono personal y pésima calidad lógica. Don Adolfo no se arredra, contesta con la serena terquedad del hombre honrado y lúcido. Ninguna lealtad política, ninguna toma de partido, puede justificar el autoengaño: las sociedades de tipo soviético llegarán algún día al socialismo, tras una profunda reforma, pero hoy (entonces) nada tienen que ver con el socialismo. Muy pocos entre los presentes saben nada de un tal Andropov, dirigente del KGB y posteriormente secretario general del PCUS. Nadie sabe nada acerca de Mijail Gorbáchev, quizá el delfín secreto de Andropov.

Es un nuevo coloquio del Instituto de Investigaciones Sociales, y también habla Pereyra: la dimensión nacional es fundamental en el desarrollo del proceso socialista. No es posible un internacionalismo que no reconozca la prioridad de los intereses de las colectividades nacionales. Es a la vez una idea obvia, como han revelado los fracasos de los internacionalismos más ingenuos, y una idea muy *nacional*, pues enlaza con la cultura política del nacionalismo revolucionario. Es sin embargo una idea rupturista con la más ortodoxa

lectura del marxismo. (Y una idea que siguió expresando, después, con realismo: siete años más tarde, en Madrid, yo le señalé, con palabras de Jorge Castañeda, el carácter arcaico del discurso nacionalista de Cuauhtémoc Cárdenas. Sonrió con socarronería: "Si, no estaría de más que Cuauhtémoc se hiciera a la idea de que el crecimiento exige integración internacional. Pero tampoco sería malo que Salinas comprendiera que no todas las formas de integración internacional conducen al crecimiento". Y concluyó con una maldad muy suya: "Ese es un error frecuente en ustedes, los neoliberales".)

Volvemos al DF en avión, nos vemos un par de veces. Se ve venir el final del espejismo petrolero, la crisis que culminará el sexenio. Cenas y bromas: se acaba la lana, deberemos seguir los encuentros en España. Hace sólo un mes del intento de golpe de Estado en España, pero se diría que el fantasma se disipa.

Nueva invitación a comienzos de julio, para hablar en Economía de la UNAM sobre políticas de ajuste y estrategias de izquierda. Primera noche con Tuti: "¿Cómo, sigues aquí desde marzo?" Esto es un rasgo de lo que en España se suele llamar mala leche, y es un bien muy estimado. Por mi parte, comunico que he hecho pública mi decisión de entrar en el PSOE, y de jugar fuerte. "Ya se te veía venir", se ríen todos.

1985. Yo he regresado a México invitado por Rafael Cordera para un par de seminarios, tras una larga ausencia provocada por la llegada del PSOE al gobierno, por la necesidad de dar prioridad al Cono Sur desde que comenzó el retorno a la democracia en Argentina y Uruguay. Y también por un hijo. Neus me dice algo: han tenido que operar a Tuti. Carlos tiene un par de cicatrices semiocultas por las patillas. Decidimos repetir el viejo viaje de 1980 a Michoacán, o parte de él, y pasamos con Rolando un día en San Miguel de Allende, en la posada en la que entonces fui a dar con mis huesos, tras haber profetizado, por una vez correctamente y bajo el influjo de un número excesivo de cócteles *margarita* —era la hora feliz—, el ya casi inmediato ascenso de la socialdemocracia en el sur de Europa. Rolando y el mismo Tuti —que no asistiera a aquel prodigio— me piden que profetice una vez más, pero, aunque sigo confiando en la capacidad liberadora del alcohol, ya no me creo capaz de tales excesos. (Hablo en privado con Tuti de su mal: parece controlado, es cáncer, pero quizá...)

1987. *Noviembre*. En medio ha habido al menos otra operación, un viaje o dos de Carlos y Corina de Yturbe a Madrid, han tenido un hijo. Seguimos jugando, pese a todo, a que el tiempo es nuestro. Mi anfitrión ahora es Corina, que coordina en nombre del Instituto de Filosofía de la UNAM un seminario sobre teorías de la democracia. Un par de cenas, la presentación de un alumno muy prometedor que querría hacer el doctorado en España. La distancia política se ha reducido mucho. La crisis del eurocomunismo ya es un tópico común y poco discutible, la decadencia de los partidos comunistas ya muerde en el propio PCI, el gran punto de referencia. Peor aún, la transformación de la clase obrera industrial es ya obvia, el carácter defensivo, corporativo, de muchas Luchas obreras resulta transparente a estas alturas. Lo que hace tan sólo pocos años eran opiniones torpemente eurocéntricas hoy es casi sentido común. La izquierda latinoamericana más lúcida mira a Europa y redescubre la vieja amenaza marxiana: *de te fabula narratur*.

1988. *6 de junio, 9,15 de la mañana*. Hace sólo unas pocas semanas que Carlos Pereyra, Tuti, estuvo de nuevo en España. (Como había venido tantas veces, antes, cuando en México había lana petrolera, para asistir a la fiesta anual del PCE, para ver la maravilla de una organización obrera independiente, no *charra*, algo que era muy importante para él tras el desmantelamiento de la tendencia democrática, la crisis de los electricistas, la muerte de Rafael Galván.) Me parece que había ido entendiendo mis tomas de posición, en estos años de una transición vertiginosa en España de la dictadura a la crisis, de una clara hegemonía

comunista (obrerista clásica) a una hegemonía dentro de la izquierda de una coalición de trabajadores de la industria clásica, de una nueva industria, de los servicios y de la clase media asalariada. Pero hoy, cuando escribo estas líneas, aún no sé con suficiente precisión lo que nos separaba teórica y políticamente. Creo que en cambio sé lo que nos unía: sentíamos algo así como un muy fuerte cariño y aprecio intelectual mutuos.

Es lunes, y, para lo que es Madrid, una hora temprana. Yo he dejado ya a mi hijo en el autobús del colegio, he comprado el diario y lo estoy acabando de leer. Carmen también, pues se oye el ruido de la ducha. Suena el teléfono, y la voz de un amigo, más seria de lo normal, anuncia una mala noticia. Al parecer Carlos está en el hospital, grave, pocas horas de vida. Han tratado de decírmelo en el fin de semana, pero, como de costumbre, yo estaba en mi casa de las afueras, tratando de escribir o de corregir exámenes. La vista se me nubla, noto una fuerte presión en el pecho, no puedo apenas respirar. En su último viaje a Madrid, Carlos me había hecho creer, o creía, que su mal estaba bajo control. Era tan fácil, quizá tan inevitable el engaño a él o a mí. Con los ojos cada vez más turbios voy al baño, le cuento a Carmen.

Han pasado veinte minutos, dos nuevas llamadas, y ya se ha confirmado su muerte. (Aún habrá cuatro llamadas más, y la visita personal de alguien que no cree que ciertos desastres puedan transmitirse por teléfono.) Yo estoy ante mi mesa de trabajo, iluminada por la luz gris de la mañana de una mala primavera. Carmen parte para su centro, y ha tenido tiempo ya de revisar el archivo fotográfico.

"Creo que es todo lo que tenemos de Tuti", dice, y me deja sobre la mesa de trabajo, fría como un quirófano, blanca como un hospital, una pequeña serie de fotografías en color, un puñado de instantáneas.

2. QUE ES UN INTELECTUAL

El intelectual puede haber sido desde su nacimiento una figura equívoca, una caricatura de sus propias pretensiones, pero todos pensamos que el *Yo acuso* de Zola tenía un sentido y una profunda dignidad, incluso viniendo de figura tan polémica como la suya. Se puede hacer entonces una hipótesis modesta y pretender que, si bien los intelectuales son una especie social proclive particularmente a la falsificación, su general descrédito actual comienza con su manipulación por el stalinismo.

El intelectual stalinista es el intelectual *comprometido*, comprometido con una causa política que ha cristalizado en un partido, obviamente el partido stalinista. El compromiso se entiende como división del trabajo: la línea política la deciden los profesionales de la política, y el intelectual, ya sea militante o compañero de viaje, se limita a propagarla y respaldarla con su firma. No cabe imaginar en semejante esquema que el intelectual trate de intervenir en la discusión partidaria como un militante más, ni incluso como un militante cualificado. No: el partido necesita el prestigio que le brinda la firma del intelectual, y éste encuentra en el partido su coartada moral. Las patéticas consecuencias de este tipo de relación son palpables en el linchamiento moral de Gide tras su *Retorno de la URSS*, su marginación del congreso de intelectuales antifascistas de Valencia en 1937. No cabe que el intelectual comprometido discuta la táctica, la estrategia o los frutos de la política que respalda. A firmar y a callar.

En la posguerra surge una nueva figura, la del intelectual *crítico*. Su más espectacular ejemplo son los francfortianos que, refugiados en Estados Unidos, critican con apasionada imparcialidad al marxismo soviético y a la unidimensional sociedad de masas del capitalismo de los años sesenta. No tienen modelos alternativos de sociedad que contraponer al capitalismo tardío ni al stalinismo, pero poseen una profunda autoconfianza en su capacidad para diagnosticar los defectos de lo realmente existente sin ofrecer un camino para su superación. El *gran rechazo* marcusiano sería la manifestación más clara del callejón sin salida al que conduce este idealismo, ciertamente crítico, pero también impotente. Sartre

ofrece otro modelo: prosoviético en la política de bloques, para no desesperar a los trabajadores de Billancourt al negarles una utopía en la tierra; se define muy críticamente respecto al PCF, sin embargo, y no sólo no llega a ser militante comunista, sino que parece justificar su prosovietismo por el hecho de mantenerlo desde fuera del partido.

La figura del intelectual crítico, en los años ochenta, ha cristalizado en una peculiar definición: un intelectual es de izquierda si está frente al poder, frente a *cualquier* poder. Se cierra así el círculo vicioso abierto por el stalinismo. Si el intelectual stalinista debía justificar la política de los partidos comunistas sin permitirse la menor reflexión crítica, ahora toca no defender política alguna para poder mantener la independencia crítica. Pero es fácil ver que son dos caras de la misma moneda, y que ninguna de las dos resiste el menor examen moral.

El intelectual crítico es un intelectual stalinista vuelto al revés, y no es raro que en muchos casos éste sea el caso concreto. Un intelectual que mintió mucho en nombre del ideal socialista decide ahora no afirmar nada para de esta forma estar seguro de no mentir. Si sigue siendo socialista lo será sólo en un sentido negativo, denunciando lo que él considera obstáculos para la utopía futura. Pero como esta utopía no tiene forma, como carece de cualquier punto de referencia real, el intelectual no es responsable ante la sociedad presente ni futura, sólo es responsable ante sí mismo. Así, tras un largo rodeo por Moscú (o La Habana, Hanoi o Managua), los intelectuales ya pueden volver a la torre de marfil. A eso se llama posmodernidad a fin de cuentas: *intellectual chickens come home to roost*.

Supongamos ahora que consideramos el problema desde el punto de vista del ciudadano de a pie. El intelectual, independientemente de sus cualificaciones como tal, es un ciudadano como cualquier otro. ¿No tiene entonces la misma obligación que todos de comprometerse moralmente en un proyecto colectivo de sociedad? ¿No puede ser crítico, como cualquier militante en un partido democrático, ya esté el partido en el gobierno o la oposición? En caso contrario hay que concluir que los intelectuales no pueden militar en ningún partido político, o, mejor, sólo en aquellos que estén seguros de no correr el riesgo de llegar nunca al gobierno, pues en caso contrario podrían llegar a mancharse sus preciosas y críticas manos defendiendo una política concreta. Es más sencillo, creo, dejar de pensar en esta rara figura del intelectual como un ser aparte, proponerle que milite, desde la oposición o en el poder, y exigirle que cuando encuentre contradicciones moralmente insalvables entre sus ideas y la práctica del partido abandone a éste; y que si tales contradicciones insalvables no se presentan se limite a discutir políticamente dentro del partido, como lo hacen todas las personas normales que militan en un partido democrático.

Si aceptamos lo anterior, no obstante, llegamos a lo que puede ser el dilema moral real del verdadero intelectual. Estar siempre en contra del poder puede ser puro escapismo, estar siempre a favor de un partido puede ser simple enajenación. ¿Cómo se concilian el compromiso moral y el talante crítico? A mi juicio la respuesta es ridículamente simple. El compromiso moral se debe definir en torno a una serie de valores: así, por ejemplo, el neoconservador dará prioridad absoluta a las libertades negativas, mientras que el socialista democrático buscará la combinación óptima de libertades positivas (el poder de hacer cosas como comer y trabajar) y libertades negativas (que nadie pueda violar su intimidad física o moral).

El talante crítico, por su parte, debe manifestarse ante todo en la toma de distancia respecto a las *ideas dominantes*. Estas no necesariamente tienen que coincidir, contra la frase clásica de Marx, con las de la clase dominante, mucho menos con las de quienes gobiernan (incluso a veces muy despóticamente) una sociedad. Debemos admitir que en las sociedades evolucionadas las ideas dominantes son las de esa extraña y poco definible capa que son los intelectuales: escritores, profesores, guionistas de radio, cine y televisión. Así, un intelectual crítico sería un intelectual poco conformista, un intelectual capaz de rebelarse contra las ideas dominantes en su medio, capaz de revisarlas y, si es preciso, tratar de dismantelarlas.

Tres ejemplos sencillos, que personalmente me han influido. El primero es el de Fernando Claudín y Jorge Semprún, que en 1963-64 encuentran que la línea del PCE está en abierta contradicción con sus convicciones, en terrenos tan distintos como la estética o la valoración del desarrollo capitalista en una España que el resto de los dirigentes desconoce por no haber viajado nunca *al interior* desde el fin de la guerra civil. Así, provocan una discusión cuya única conclusión lógica (en un partido stalinista) es la expulsión, y por supuesto son expulsados y calumniados. Son intelectuales comprometidos (militantes), pero ejercen hasta sus últimas consecuencias su derecho a la crítica. Luego siguen su propia evolución ideológica, pero no renuncian a ser intelectuales moralmente comprometidos: sí renuncian, en cambio, a la fácil popularidad del intelectual "crítico".

Segundo ejemplo: Adolfo Sánchez Vázquez. En su momento ha aceptado, como militante del PCE en México, la férrea disciplina del partido (transmitida, para colmo de las paradojas, por un Fernando Claudín que en ese momento aún acepta su papel de correa de transmisión de las decisiones de la dirección del partido, aplicando la concepción stalinista del centralismo democrático frente a las críticas de la base). Los tiempos cambian, y en 1981, frente al consenso de los intelectuales latinoamericanos, proclama públicamente el carácter no socialista de los regímenes de tipo soviético. Es un maestro consagrado, no un jovencito que necesita llamar la atención para abrirse camino hacia el poder académico. Y defiende una posición tal en América Latina, no en una Europa en la que criticar a la Unión Soviética puede ser en esos años una fuente de dinero y popularidad. Habla en nombre de sus convicciones, no de sus intereses.

Tercer ejemplo. Toluca, noviembre de 1987. Carlos Pereyra sostiene, en una mesa redonda presidida por don Adolfo, que el mero hecho de hablar de tal cosa como el *marxismo* hacía inevitable la codificación de una doctrina, el nacimiento de una ortodoxia, la congelación de la creatividad y la pérdida de lo mejor del pensamiento crítico de Marx. Es mejor asumir la herencia de Marx sin darle un nombre aparte, incorporarla a nuestro equipaje teórico y crítico, integrarla en ese vasto río de pensamiento y voluntades colectivas que quieren confluir en una sociedad sin explotadores ni explotados, en una sociedad de hombres y mujeres que, por ser libres, seguirán teniendo conflictos, pero ya no los nacidos de una desigualdad arbitraria.

Don Adolfo se crispa y responde: no es casual, pues él ha comprometido su vida no sólo con un proyecto político (el socialismo) y el desarrollo de una herencia teórica (la de Marx) en su aspecto más vivo y crítico. También se ha comprometido con una etiqueta teórica (*marxismo*) para designar la fusión de ese proyecto y esa teoría, y esa etiqueta es la que ahora parece poner en cuestión Pereyra. Tuti responde, hay otras intervenciones, y don Adolfo ya cierra la mesa diciendo algo como esto: "De todas formas la discusión debe seguir, pues todos somos buenos amigos". Siguió, en efecto, ya en casa de don Adolfo en el DF, y podría haber seguido por mucho tiempo si Carlos no hubiera muerto.

Lo que quiero decir es que el verdadero intelectual no es el que se enfrenta con el poder, pues esto se puede hacer apoyándose en ideas dogmáticamente necias. El verdadero intelectual es el que no duda en sacar de quicio a sus colegas, incluso a sus mejores amigos y maestros, exponiendo lo que él toma por la verdad, pero no desea cerrar nunca la discusión, sino proseguirla en busca de todos los argumentos, y no considera a quienes disienten enemigos, sino interlocutores. Y el verdadero intelectual comprometido, cuando expone su verdad, caiga quien caiga, se juega la cara en un proyecto colectivo, aunque exista la horrible posibilidad de que ese proyecto pueda llegar o haya llegado de hecho al poder.

De esa madera estaba hecho Carlos Pereyra, y de esa madera están hechos los intelectuales que merecen ese nombre y no son sólo su caricatura. Luego hay curas de derecha e izquierda, papagayos autosatisfechos, obsecuentes cortesanos y mediocres funcionarios del Santo Oficio. Pero ésa, claro, es otra historia.

Madrid, 20 de junio de 1988